

RAFAEL EUGENIO HOYOS ANDRADE, *Introducción a la lingüística funcional*. Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, Colombia, 1992; 135 pp.

Sólo la primera parte del título de este libro corresponde a su contenido; se trata, en efecto, de una introducción, pero, contra lo que se podría suponer, “lingüística funcional” no se refiere al funcionalismo de la Escuela de Praga —a la que tradicionalmente se reconoce como la escuela funcionalista— ni a ninguno de sus integrantes —Jakobson o Trubetzkoy por nombrar sólo dos de sus principales miembros—, sino a una de las corrientes que tiene su origen en ella. La denominación de “lingüística funcional” debe entenderse aquí como el modelo que proponen André Martinet y los lingüistas de la Société Internationale de Linguistique Fonctionnel (SILF), quienes se identifican como la Escuela de París (Martinet y sus seguidores fundaron en 1976 la SILF, hecho con el que culminan los esfuerzos martinetianos para diferenciarse claramente de la Escuela de Praga).

Hoyos proporciona una lista de “lingüistas que se pueden, de algún modo, encuadrar dentro del grupo presidido por Martinet” (p. 19). Dentro de este grupo distingue “los más fieles a la línea de Martinet” de aquellos que sostienen un enfoque “parcialmente diverso”. A estos últimos pertenecen, de acuerdo con Hoyos, Bertil Malmberg, Émile Benveniste, Emilio Alarcos, Eugenio Coseriu y Paul Garvin. Sin negar las coincidencias que ellos puedan tener con el enfoque lingüístico martinetiano esta operación de identificación me parece un exceso. Cabe recordar, por ejemplo, que Martinet da prioridad al paso del nivel de los fonemas al de los morfemas y que niega, a diferencia de Jakobson, que sea necesario introducir una tercera articulación (la de los rasgos pertinentes) que comprenda los elementos que forman los fonemas. Benveniste, en cambio, sitúa la transición principal entre los rasgos pertinentes del fonema y el fonema mismo. Ésta es una de las razones por las que, en muchos tratados de lingüística, estos dos autores se reconocen como representantes de escuelas diferentes.

Dos son los ejes sobre los cuales se estructura el libro: el primero, la intención manifiestamente pedagógica de la exposición; segundo, el afán de diferenciar la escuela de París de otras corrientes lingüísticas.

Como ya dije, este libro es una introducción; no hay en él discusiones amplias y detalladas de las posiciones teóricas ni metodológicas de esta escuela. Hoyos expone los principios, conceptos y metodología de este funcionalismo por medio de definiciones sucintas y categóricas. Los *monemas*, por ejemplo, se definen como “signos mínimos pero no necesariamente sucesivos, ni segmentables [como el *morpheme* de los estructuralistas norteamericanos]” (p. 57). Ya que el monema es uno de los conceptos fundamentales de esta escuela, cabría tratarlo con mayor extensión y subrayar el hecho de que ésta es la unidad significativa elemental que

Martinet reconoce y que emplea este término como reacción contra la excesiva amplitud que se le ha dado al término "morfema".

Este modo de proceder le permite dar una visión panorámica —aunque por momentos demasiado general— de la escuela de París. Por lo tanto, el lector que quiera profundizar en alguno o algunos de los temas que Hoyos trata deberá recurrir a la lectura especializada.

La forma que Hoyos ha dado a este libro es la de un manual (como el mismo autor reconoce), pero en ocasiones se siente un estilo más bien catequístico; por ejemplo, cuando expone el principio de *pertinencia* desarrolla los siguientes subtítulos: "En qué consiste", "Sus ventajas", "Nos permite distinguir", "Principio funcionalista por excelencia" (pp. 29-33). Considero que una exposición más detallada de cada uno de los puntos permitiría obtener una perspectiva más exacta de esta escuela.

La finalidad pedagógica del libro tiene algunos de sus momentos más logrados, por ejemplo, en el cuadro que resume los diferentes niveles de la descripción lingüística reconocidos por esta escuela (p. 68) y en la gráfica que presenta el análisis sintáctico funcional (cap. 6).

Dentro de esta presentación general de la escuela martinietiana, Hoyos presta especial atención a la sintaxis. Dedicar el capítulo cinco a la sintaxis funcional, en el que expone las nociones de frase, sintaxis y funciones. Esto le sirve como base para desarrollar, en el capítulo siguiente, un ejemplo de lo que es un análisis sintáctico funcional aplicado a textos en español. Hoyos hace aquí una buena exposición que conduce al lector paso a paso a lo largo del análisis de tal manera que puede seguir sin dificultades el procedimiento. Sin embargo, Hoyos podría haber sido más explícito y señalar problemas del análisis (para el español) que se pueden explicar mejor desde esta perspectiva pues, a simple vista, el resultado es muy similar al que podría extraerse de un análisis más o menos tradicional.

Si el eje pedagógico es cuestión de intención, el eje de diferenciación es cuestión de método. Para esta escuela, una unidad lingüística se define como aquello que las otras del mismo tipo no son, es decir por sus relaciones de oposición con las otras unidades (ésta es una de las proposiciones que sostiene la escuela martinietiana y que Hoyos reconoce como de cuño saussuriano y praguense). Este procedimiento negativo es el que elige el autor para definir la escuela de París.

La definición que hace Hoyos de esta corriente lingüística es tanto diacrónica como sincrónica. Establece las diferencias con las escuelas que preceden al funcionalismo de Martinet por un lado, y, por otro, aquellas que encuentra con las principales escuelas contemporáneas (la glosemática de Hjelmslev, el estructuralismo de Bloomfield y el generativismo de Chomsky). Extrañamente no se refiere a la llamada corriente funcionalista norteamericana ni a los lingüistas que se asocian con ella como Foley, Van Valin, Dik, Givón, etcétera.

Si bien Hoyos reconoce, e incluso insiste, en que la escuela martiniana tiene sus antecedentes en Saussure y en la escuela de Praga, a lo largo del libro manifiesta su preocupación por establecer claramente las diferencias teóricas y metodológicas que el funcionalismo martiniano tiene con respecto a ellas. Como es de suponer, ve en la escuela de París la superación de sus antecesoras.

En el capítulo dos —“Posiciones, proposiciones y principios del funcionalismo martiniano”—, por ejemplo, expone, por un lado, las de “cuño saussuriano y praguense” que el funcionalismo de Martinet adopta y por el otro, las “que constituyen superaciones del mensaje saussuriano”. En este mismo capítulo señala también las “Proposiciones manifiestamente antihjelmslevianas” y los desacuerdos con la lingüística generativa. Sólo después de hacer explícitas sus diferencias con estas escuelas lingüísticas, Hoyos procede a señalar los principios en los que se basa la escuela que le ocupa.

La estrategia de definición por la que el autor ha optado le permite presentar a la escuela de París como la verdaderamente funcionalista y la única que, por lo tanto, merece ser llamada así. No es gratuito que en el capítulo tres, cuando insiste nuevamente en las posiciones que manifiestan diferentes escuelas, esta vez en relación con los conceptos de estructura y objeto, hable de “bloomfieldianos”, “glosemáticos”, “praguenses” y “funcionalistas (Martinet)”.

Hoyos emplea nuevamente el método de definir negativamente en el capítulo siete, esta vez para deslindar el campo de la semántica funcional o axiología en oposición a la semántica: “La «semántica» (sin calificativos) no es, según el funcionalismo, el estudio de los significados de la lengua, sino el estudio de las variaciones de significado que una misma unidad lingüística o monema adquiere, una función de los contextos y situaciones en que se encuentra colocada” (p. 113). “La *axiología o semántica funcional* consiste, en cambio, en el estudio de los significados lingüísticos o *valores* de las unidades significativas dentro de un determinado sistema lingüístico, esto es, dentro de una determinada lengua” (p. 114).

La definición por medio de la negación se encuentra incluso en el último capítulo, “Síntesis final”, en donde Hoyos dice explícitamente:

... podemos elaborar una rápida y apretada síntesis de los rasgos que caracterizan esta corriente y la distinguen de otras tendencias contemporáneas. *Interesa, específicamente, resaltar los aspectos que nos permitan ubicar al funcionalismo dentro de los diferentes estructuralismos y/o funcionalismos vigentes y con relación a otros modelos, a veces llamados post-estructuralistas o post-generativistas, como la pragmática y la lingüística textual (p. 27; las curvas son mías).*

Con estas dos características como ejes Hoyos construye un texto

interesante, que permite a los no especialistas obtener una perspectiva general de la escuela martiniana, con especial énfasis en cuestiones sintácticas. En él muy pocas cosas son superfluas aunque, creo, el texto ganaría fluidez si Hoyos prescindiera de algunas expresiones de franco proselitismo martiniano, como por ejemplo "... tratamos en este manual, específicamente, del funcionalismo cultivado *con admirable coherencia y constancia* por André Martinet y sus seguidores..." (pp. 12-13; yo subrayo).

Tampoco perdería nada y, a mi juicio, ganaría mucho, si señalara algunos de los puntos más controvertidos de la escuela que le ocupa como, por ejemplo, el hecho de que Martinet no reconozca un nivel o articulación de rasgos distintivos.

Serían útiles también, creo, un prólogo en donde se hicieran explícitos los objetivos del libro y una bibliografía comentada para guiar al lector que quiera profundizar en algún tema.

En resumen, éste es un texto de divulgación recomendable para el lector no especializado que quiera tener una visión panorámica de la escuela martiniana. También podría servir como un texto introductorio, si se complementa con algunas lecturas especializadas, para aquellos que se inician en el estudio de la lingüística.

FRIDA VILLAVICENCIO
El Colegio de México

EDUARDO BENOT, *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana* (Madrid, 1910). Reproducción facsímil con "Introducción" de Ramón Sarmiento. Anthropos, Barcelona, 1991; xlix + 461 pp.

Considero digna de todo aplauso la decisión tomada por Ramón Sarmiento de hacer reimprimir una de las obras capitales de aquel hombre extraordinario en muchos aspectos que fue Eduardo Benot. Madrastra de sus propios hijos se ha juzgado a España en algunas ocasiones; el profesor Sarmiento hace ahora justicia a uno de ellos, un tanto olvidado dentro del mundo de la lingüística hispánica. No alcanzó Eduardo Benot en su tiempo la justa fama que había conseguido, en el suyo, Vicente Salvá como gramático; y ello, no obstante haber sido aquél, quizá, el más original y agudo lingüista español del siglo XIX, como lo fueron, entre los hispanoamericanos, Andrés Bello y Rufino José Cuervo. Estos cuatro nombres llenan, por sí mismos, el panorama filológico de la lengua española durante la centuria decimonónica.

El *Arte de hablar*, en que Benot había sintetizado su pensamiento lingüístico, no se publicó sino hasta tres años después de la muerte de su autor, acaecida en 1907; pero algunas de las ideas fundamentales del